LOS SONETOS DE LOREDO

1

SOMOS dos para el campo y el ensueño
y dos en la canción siempre de vuelta,
y dos en la oración que arraiga suelta
dentro de un bienestar más bien pequeño.

Somos dos contemplando el mar brillante:
su cegadora senda plateada,
y dos en el resol de la cañada
con mucha tarde abierta por delante.

Somos dos cuando posa la costumbre
de un crepúsculo más, y arde la lumbre
de una hoguera furtiva en la montaña.

(Soledad... Yo solía estar sentado
junto a un fuego nocturno, ya apagado,
¿quién me coge la mano y me acompaña?)

2

«¡Mirad, niñas, mirad por la ventana
qué precioso arcoiris!... ¡Que no miento!»
Humedeciendo el sol de la mañana
tiembla en las gotas del cristal, el viento.

La voz de un niño crece y ya no cabe
su realidad de asombro en la de fuera.
¡Cómo se adhiere a un mundo en que no sabe
pronunciar las palabras que quisiera!

Las dos niñas y el niño están creando
su entusiasmo infantil, multiplicando
los surcos en que muere la simiente.

¡Ojos grandes, abiertos, soñadores!
Y la vida suspensa en los colores
de ese bello arcoiris que no miente.

3

Paráfrasis del Salmo XI.

Vivimos de memoria y de mentira.
La mano que deforma
la ociosidad del campo, se retira
más pobre. Y se conforma.

Vivimos de ambición de no estar cerca.
De no estar ¡de ninguna
manera! y no habitar—¡soberbia terca!—
las horas una a una.

Dice hinchado el impío:
Que lo mío no deje de ser mío
dentro de mis recetas,

que en mi visión no haya
ni realidad ni ensueño, ¡y que se vaya
la tarde a hacer puñetas!

4

Qué alegría de viento y de mañana.
Qué alegría de mar sobre las olas.
Qué alegría de pájaros a solas,
y de verso empezando, y de ventana...

Qué alegría de sol y qué alegría
de playa solitaria que se llena
de niños en la arena. Y más arena
sin pisar, y más dunas todavía...

Qué alegría de helechos—y de huellas
que son nuestras—, y tardes empañándose
de húmedo otoño en los acantilados.

Qué alegría de noches y de estrellas,
de casa ya dormida y alejándose
por un sueño de rostros aniñados.

5

¡Oh lejanía! ¡Oh muerte iluminada!
Cuánta distancia para estar contigo.
Cuánto sendero humilde en la pisada
(y un rencor ciudadano, que no digo).

Mi exceso de ambición es mi alma libre
y mi codicia el corazón inmerso
dentro del mapa. ¡Déjame que vibre
de corteza de árbol en mi verso!

¿Será verdad que tu piedad experta
nos aniña el semblante y nos acierta?
Mi rostro es el error de donde vengo.

¡Oh dibujado cielo y luz más clara!
Pásame tú la mano por la cara
y dame esas facciones que no tengo.

LUIS FELIPE VIVANCO